

hostilidad y de conquista á que estaban acostumbrados los normandos de Sicilia.

La desolación de los cristianos de Siria fué general cuando se supo que había muerto el «abogado del Santo Sepulcro» (18 de julio de 1100), y el bruceo **1099** término de un reinado que se anunciaba con tan buenos auspicios. A pesar de las intrigas del patriarca Daimberto, los barones de Jerusalén ofrecieron la corona al hermano de Godofredo, al señor de Edesa, á Balduino. «Este, dice Foucher de Chartres, entristeciéndose algo por la muerte de su hermano, pero le alegró la herencia.» Se guardó de rehusar el título y las insignias de rey. Coronado solemnemente en Belén (diciembre de



Moneda de Alejo Comneno

1100), quiso aparecer ante los ojos de sus súbditos indígenas bajo el aspecto de un soberano de Oriente. «Se le vió en Jerusalén llevando un albornoz de tisú de oro, larga la barba, caminando con una lujosa escolta y haciendo llevar ante él un gran escudo dorado en cuyo centro campeaba un águila. Se dejó adorar á la

moda oriental, y comía con las piernas cruzadas sobre un tapiz.»

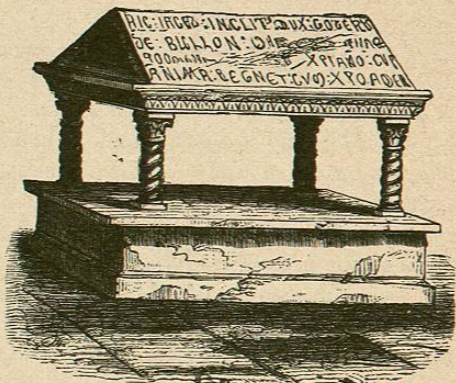
El ejemplo venía de lo alto y fué imitado. Los barones de la colonia no esperaron la época de Saladino para vestir amplios ropajes, pasar la mitad del día en el baño y edificar casas lujosas, cuya planta y decoración trazaban artistas extranjeros. Apenas instalados, experimentaron en sus trajes, en sus costumbres militares y en su modo de vivir la influencia del medio ambiente. Bastantes de ellos hablaban correctamente el árabe. Los príncipes cristianos mantenían en las cortes de los emires vecinos agentes oficiosos, por mitad espías y embajadores, encargados de darles avisos útiles y en caso necesario entablar negociaciones secretas. También empleaban los servicios de sus súbditos musulmanes y no vacilaban en admitirles en su intimidad.

No guardaron los vencedores de Jerusalén sus odios de religión y de raza, su actitud de verdugos para con las multitudes sometidas. Trataron, por lo contrario, desde el principio de la ocupación, de conciliarse el elemento más importante de la población indígena, los sirios agricultores, mercaderes é industriales. Estos obtuvieron permiso de celebrar en la iglesia del Santo Sepulcro junto á los católicos, se les otorgaron importantes franquicias comerciales, el derecho de poseer tierra en toda propiedad y el de ser juzgados y administrados por jueces especiales. Los musulmanes fueron tratados también con grandes miramientos. El aislamiento de los latinos en el centro del Islam, su invencible repugnancia por las personas, costumbres y lengua de los infieles, son pura leyenda. Todos los príncipes cristianos, singularmente los de Edesa y Antioquía, mantuvieron relaciones de alianza con los jefes musulmanes de Siria.

Los francos se unieron tan pronto y por lazos tan estrechos á la tierra asiática, que uno de sus cronistas, Foucher de Chartres, no puede por menos de manifestar su sorpresa. «Nuestros occidentales se han convertido en ciudadanos de Oriente. El francés y el italiano de

ayer sólo son ahora un galileo ó un palestino: los hombres de Reims y de Chartres se han convertido en hombres de Tiro ó de Antioquía. Hemos olvidado ya nuestra patria de origen; apenas si la conocemos; nadie habla de ella. Uno posee casa y familia como si fuera indígena; otro se ha casado, no con una compatriota, sino con una siria, una armenia, y hasta con una sarracena bautizada. Usamos las lenguas del país en que vivimos. El que en Europa era pobre, vive aquí, por la gracia de Dios, en la opulencia, y el que allí no poseía ni una mala aldea reina en Asia sobre una gran ciudad. ¿Para qué volver á Occidente, puesto que en Oriente vemos realizados todos nuestros deseos?»

Los barones establecidos en Tierra Santa sólo piensan en defender y aumentar su conquista. Al mismo tiempo que se asimilan las costumbres orientales, conservan su actividad militar; los dos primeros sucesores de Godofredo, Balduino I (1100 á 1118) y Balduino II (1118 y 1131), fueron prodigiosos guerreros, siempre en la brecha, yendo con rapidez increíble desde el desierto del El-Arisch ó de Elim á orillas del Jordán, que atravesaban para amenazar á Alepo ó á Damasco, y volviendo desde allí á la costa siria para unir sus esfuerzos á los de los marinos venecianos ó genoveses, y volviendo en seguida hacia el Norte para cooperar á la defensa de Edesa y de Antioquía. En estos últimos principados, Bohemundo, Tancredo y Joscelin de Courtenai, de continuo enzarzados con los atabeks de Damasco y los emires de Alepo y Mossul, realizan también grandes actos de heroísmo: tan pronto vencidos como vencedores, consiguen mantener intactos sus señoríos, tan peligrosamente situados en la vanguardia de los dominios cristianos. El viejo Raimundo de Saint-Gilles, que se obs-



Sepulcro de Godofredo de Bouillón en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén

tina en tomar el país de Trípoli, muere sin conseguirlo (1105); pero sus hijos Beltrán y Guillermo, á pesar de disputarse la herencia, consiguen conquistarlo. **1105** Durante este tiempo los mercaderes de Francia é Italia, marseleses, pisanos, genoveses y venecianos, ayudan á los reyes de Jerusalén á tomar las ciudades marítimas de Siria. Chaifa (1100), Arsuf, Cesarea (1101), Apamea (1106), Laodicea (1109), Sidón (1110), Tiro (1124), se convierten en cristianas en provecho de los comerciantes, que en cada uno de estos puertos obtienen iglesias, mercados, calles y barrios enteros. Son los dueños y se les prodiga además privilegios comerciales y políticos que les aseguran el beneficio de una inde-

pendencia completa. La ganancia más segura de la cruzada será para ellos.

Nuestros barones de Oriente cuentan, ante todo, con sus propias fuerzas; pero al propio tiempo que luchan con energía, no dejan que les olviden sus hermanos de Europa. Apenas Godofredo de Bouillón murió, enviaron á buscar á los rezagados de la gran cruzada; y nuevas partidas de peregrinos franceses, italianos y alemanes, que formaban como una especie de retaguardia, llegaron por el Asia Menor (1101). Pocos tuvieron la suerte de llegar hasta Antioquía y los que desde allí se dirigieron á Jerusalén fueron asesinados ó hechos prisioneros en Ramlah (31 mayo 1102), á poca distancia de la ciudad santa. Esta segunda serie de desastres enfrió el ardor de los occidentales. Fué preciso que Bohemundo dejara Antioquía para venir á Francia en busca de refuerzos (1106), tarea difícil que sólo á medias pudo realizar. La caballería de Europa, asustada, vacilaba en sacrificarse de nuevo, y el reino de Jerusalén sólo pudo esperar del exterior un auxilio de las flotas italianas y de las peregrinaciones aisladas de ciertos reyes ó príncipes feudales. Así apareció en Siria el rey de Noruega, Sigurd, que ayudó á Balduino I en la toma de Sidón (1110). Reducidos casi á sus propios recursos los príncipes cristianos de Tierra Santa, consiguieron fundar y hacer durar una dominación política que cuando llegó á su apogeo, al terminar el reinado de Balduino II (1131), se extendía por toda la costa mediterránea desde Elim (ó Aila), en el mar Rojo, hasta Samosata, junto al Eufrates.

Este imperio latino que creció tan rápidamente en difíciles circunstancias hallábase protegido en la frontera por grandes fortalezas, capitales de los señoríos militares, como las de Krak y Montroyal, situadas al Sur del mar Muerto para dar frente á los ejércitos fatimitas que podían venir del Cairo. Más tarde se acabará de consolidar la defensa por la institución de un nuevo órgano, el fraile soldado, encargado de cuidar de los peregrinos y de combatir para defenderlos. La orden del Hospital de Jerusalén, ó de San Juan, compuesta al principio de enfermeros (1099), de caballeros luego; la del Temple, fundada en 1119, organizada en el concilio de Troyes en 1128; y por fin la de los «Hermanos de la Casa Alemana», ó de los caballeros teutones, muy posterior á las otras dos (1197), eran congregaciones religiosas sometidas á las obligaciones monásticas de la pobreza individual, del celibato y de la obediencia pasiva, pero reclutadas entre los nobles que poseían tierras y castillos y creadas expresamente para la guerra. Junto á los cruzados temporales que volvían á Europa luego de haber cumplido su voto, los caballeros hospitalarios, templarios y teutones representaron la cruzada permanente. El ejército feudal de los barones de Siria no combatía sino en condiciones limitadas de servicio militar: los frailes guerreros proporcionaron al reino latino tropas de reserva siempre disponibles, bien disciplinadas é instruidas y de gran valor por su conocimiento de la región y del enemigo. Prestaron otros servicios. Mucho más que los mismos cruzados, fueron los verdaderos agentes que transmitieron la civilización oriental en Occidente.

No fueron, pues, ni el desconocimiento de la ciencia militar ni la inteligencia política lo que faltó á los conquistadores de Siria; pero quiso la desgracia que al poder central le faltaran unidad y fuerza, cuando la situa-

ción de la colonia cristiana exigía el más absoluto y mejor armado de los gobiernos.

En vez de un verdadero estado se establecieron cuatro principados: Jerusalén, Antioquía, Edesa y Trípoli, unidos los tres últimos al primero por un lazo puramente nominal. Los cuatro soberanos hicieron casi siempre una política personal, y se vió á Tancredo y á Balduino de Edesa, á Beltrán y á Guillermo de Tolosa, reñir ante el enemigo. Junto á ellos una quinta potencia, la de los comerciantes de Italia y Francia, no obedecía á nadie.

En el reino propiamente dicho de Jerusalén una dinastía sin autoridad real preside la jerarquía de los barones, condes y caballeros, organizada según los principios feudales. Esta realeza, más electiva que hereditaria, aparece debilitada desde el principio por el espíritu de insubordinación de los vasallos, las rigurosas reglas del servicio militar debido al soberano y la ausencia de un buen sistema rentístico. Las instituciones monárquicas apenas existen: el feudalismo domina, ¿hay que extrañarlo? Los nobles que habían formado el ejército de la cruzada llevaron á Oriente el régimen de los señoríos tal como existía en Francia en el siglo XI, pero más lógico aún porque se desarrollaba en terreno virgen, donde no encontraba ni el obstáculo de las tradiciones del pasado, ni la dificultad de otras fuerzas rivales.

Junto al rey de Jerusalén los poderes eclesiásticos ocupan en el Estado latino un sitio tan considerable, que en realidad el patriarca divide el poder con el soberano. El reino será siempre un gobierno mixto, un poder con dos cabezas. Desde el reinado de Balduino I la historia de Jerusalén es una continuación de rivalidades entre los reyes y el patriarcado, que producen funestas disensiones. El primer patriarca Daimberto, dos veces depuesto y repuesto otras dos, es reemplazado al fin por Ebremar. Este cae á su vez vencido por el Sínodo de Jerusalén (1108). El cuarto patriarca, Arnoul, tuvo igual suerte, pero se hizo reponer por el papa (1116). Cuando el patriarca de Jerusalén no está en guerra con el rey, lucha con los arzobispos ó con su vecino, el patriarca de Antioquía, á quien acusa de usurpación de jurisdicción. En suma, la monarquía de la ciudad santa parece ser un edificio que sólo tiene fachada. Los reyes no son dueños ni de su nobleza, ni de su clero. Es tanto más de extrañar que pudieran sostenerse en su puesto de peligro y de honor hasta 1189, durante cerca de ochenta años, teniendo en cuenta lo apuntado.

Tal fué esta empresa extraordinaria: centenares de millares de hombres, puestos en movimiento por la fe, por el espíritu de aventuras, por la codicia; la fe dominando á los humildes y ennobleciendo entre los grandes algunos caracteres; una marcha de Occidente á Oriente y el encuentro en Constantinopla de una civilización naciente con la vieja civilización bizantina; en Siria y en Tierra Santa, el choque del cristianismo contra el Islam, sitios prolongados, grandes batallas, padecimientos inauditos, violencias, perfidias, heroísmo, barbaries y milagros. Nunca expedición histórica enseñó tanto al



Balduino I, según el códice *De passagiis in Terram Sanctam*.

historiador acerca de la humanidad á consecuencia de intervenir en la epopeya tantos elementos diversos. Para no hablar sino de Francia, se pueden recoger los más útiles datos sobre el carácter nacional: vigor del pueblo entero, pecheros, nobles y clérigos; rapidez para aceptar las ideas generosas, diversidad de caracteres provinciales y ductilidad de la inteligencia francesa que con tanta maestría combina la política con el entusiasmo y sabe adaptarse á las circunstancias y al medio ambiente.

Todo esto sin duda no lo vieron los actores de este gran drama. Sólo una cosa resaltaba: el triunfo del pontificado. La victoria final de la cruzada la consolidó la teocracia. Más que nunca, desde la fundación del reino de Jerusalén, podía el Pontificado decir, como Inocencio II declaró orgullosamente en 1139 á los obispos reunidos en el concilio de Letrán: «Roma es la capital del mundo. Todas vuestras dignidades, del Pontífice romano provienen, bien así como un vasallo recibe del soberano sus feudos, y no podéis conservarlas sin su consentimiento. Todo aquel que se separa de la Iglesia romana, aun cuando se juzgue exento de toda culpa, se convierte por este solo hecho en criminal é incurrir en la cólera de Dios.»

CAPÍTULO III

LA REFORMA DE LOS CABILDOS Y DE LOS MONASTERIOS

I. Reorganización de los cuerpos de canónigos.—II. La reforma monástica.—III. San Bernardo.

I.—Reorganización de los cuerpos de canónigos (1)

La gran empresa de Oriente no impedía á la Iglesia y al Pontificado proseguir en Occidente la obra de la reforma del clero. Habían conseguido corregir las costumbres de los obispos y modificar en provecho de la religión y de la Santa Sede las condiciones de su investidura. Faltaba hacer cumplir el mismo trabajo de depuración á los demás organismos del cuerpo eclesiástico, á los cabildos y á los mismos monasterios. Este fué el acontecimiento principal de la historia de Francia en el período que siguió inmediatamente á la cruzada, período en que brilló el gran nombre de San Bernardo (1100-1153). El espíritu reformador que obraba esta vez sobre canónigos y frailes tuvo que reñir todavía muchas batallas. Reyes, papas y obispos halláronse de nuevo mezclados en luchas muy vivas en que no siempre vencieron los partidarios del progreso religioso.

Dábase el nombre de *cabildos* á las comunidades de

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Thomassin, *Ancienne et nouvelle discipline de l'Eglise*, tomo I, capítulo XI, 1825. Hinschius, *Kirchenrecht*, tomo II, página 57 y siguientes. Richou, *Essai sur la vie claustrale et l'administration intérieure dans l'ordre de l'abbaye de Prémontré au XII^e et au XIII^e siècles*, en las «Positions des thèses des élèves de l'École des Chartes», 1875. Taicé, *Prémontré, Etude sur l'abbaye de ce nom*, en el «Bulletin de la Société académique de Laon», tomos XIX y XX. Winter, *Die Prämonstratenser des zwölften Jahrhunderts*, año 1865. A. Vétault, *L'abbaye royale de Saint-Victor de Paris*, en las «Positions des thèses des élèves de l'École des Chartes», año 1868. Madelaine, *Histoire de Saint Norbert*, 1887. Rosemund, *Die ältesten Biographien des heiligen Norbert*, 1874. Moll, *Histoire religieuse de la Néerlande avant la Réforme*, 1864-71.

clérigos que en cada ciudad oficiaban en la iglesia *catedral*, allí donde estaba la *cathedra*, «el púlpito» del obispo, y también á los colegios de sacerdotes que oficiaban en las iglesias de los burgos y de las ciudades desprovistos de obispos. Los primeros eran los *cabildos catedrales*, los segundos los *cabildos colegiales*. En el siglo IX estos cuerpos habían sido sometidos á la regla instituída por el obispo Chrodegang. Los canónigos vivían en comunidad en el mismo claustro, en el mismo refectorio, en el mismo dormitorio. La regla les prohibía la propiedad individual, el matrimonio, y les asimilaba en lo posible á la existencia conventual.

La importancia religiosa y política de los cabildos era grande. A fines del siglo XI el régimen feudal los había transformado en poderosos señorios colectivos, rivales del obispo, convertidos como éste en propietarios de una parte de las ciudades y de extensos dominios rurales. Las tierras de los cabildos eran cultivadas por numerosas familias de siervos y administradas por alcaldes y prebostes. El conjunto de estas posesiones, ó «mense capitulaire», estaba dividido en lotes casi iguales que constituían las «prebendas» de cada canónigo. Los dignatarios de los cabildos catedrales más antiguos y poderosos, como los de Nuestra Señora de París, de San Pedro de Beauvais, de la Santa Cruz de Orléans, de San Esteban de Bourges, de San Andrés de Burdeos, etc., bajo distintos nombres de deanes, chantres, tesoreros, penitenciaros, eran grandes señores, vasallos del obispo, y ocupaban alto rango en la jerarquía feudal. Lo propio ocurría con los que dirigían los cabildos colegiales, como San Quintín de Péronne, Santa Genoveva de París, San Cornelio de Compiègne, San Martín de Tours, verdaderas baronías eclesiásticas con las cuales debían contar el soberano y los duques.

La regla de Chrodegang hacía mucho tiempo que no se practicaba con el rigor debido. Gran número de canónigos, clérigos apenas graduados, dejaban á cargo de los vicarios el servicio religioso, cobraban las rentas sin residir y tenían mujer é hijos y llevaban la existencia mundana de los nobles. Los cabildos eran asociaciones de propietarios que vivían como castellanos, más que como colegios de sacerdotes encargados de una función espiritual. En las catedrales abundaban los clérigos casados ó concubinarios, tanto menos favorables á la Reforma, cuanto más ricos y afortunados se sentían. Cuando se quiso recordarles la regla, hubo una revolución.

Papas y obispos habían tratado de reemplazar por frailes, por los de Cluni, singularmente á los canónigos degenerados. En 1066 los canónigos parisienses de San Martín de los Campos, que llevaban muy mala vida, fueron expulsados y ocuparon su lugar religiosos que provenían de la gran abadía. Pero la Iglesia secular no podía permitir que la colosal congregación, que era ya dueña del mundo monástico, se apoderara también de los cabildos. ¿No significaba aquello el despojo de una parte del clero en favor del resto? Además, las obligaciones de los canónigos se avenían mal con la observancia de las reglas monásticas. Sometidos á votos menos rigurosos, oficiando en el coro á la vista de los fieles, capaces de desempeñar todas las funciones sacerdotales y singularmente de cuidar de las iglesias de las ciudades y aldeas, hallábanse destinados á estar en contacto con el mundo exterior y tenían continuo contacto

con los laicos, es decir, estaban en una situación opuesta á la de los frailes. Era preciso dar con el medio de reformar los cabildos sin desnaturalizarlos. La Iglesia lo consiguió por la *regularización*. Sometió los cuerpos capitulares á una disciplina inspirada en el espíritu monástico, pero compatible con las exigencias del sacerdocio. Esta regla, que disponía como obligatoria la existencia en común en un mismo claustro, fué puesta bajo el patronato de San Agustín. El hombre que en nuestro país la hizo popular y se sirvió de ella como buen instrumento de reforma, Ibo de Chartres, la aplicó por vez primera á la iglesia de San Quintín de Beauvais, de la que era abad (1078).

La regla de San Agustín alcanzó señalado triunfo. La abadesa del Paracleto, Eloísa, lo confirma cuando escribe á Abelardo: «Hay casas en que los religiosos, designados con el nombre de canónigos regulares de San Agustín, profesan una regla particular y en nada se creen inferiores á los frailes, aun cuando hacen públicamente uso de carne y ropa blanca. Si nuestra debilidad llegaba solamente á elevarse al nivel de la virtud de estos religiosos, ¿no ganaríamos mucho?» Algunos castellanos, queriendo colocar piadosamente su dinero, en vez de edificar abadías, dotaban á los colegios de canónigos regulares, encargados especialmente de rogar por los fundadores y sus familias. El poder de estos establecimientos creció tanto que los frailes sintieron inquietud. Se creyeron obligados á recordar que la vida monástica era la condición religiosa por excelencia. Se entabló una polémica, pues canónigos y frailes ponderaban las virtudes de sus estados respectivos. Abelardo escribió una carta para probar la superioridad del monaquismo y refutar las teorías de algunos jefes de cabildo que pretendían que su condición era más perfecta que la de los frailes y no permitían que los canónigos regulares se retiraran á una abadía.

Un hombre de recto sentido (cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros) creyó oportuno recordar á ambos partidos los sentimientos de humildad y caridad cristianas. A un abad que se había expresado en términos desdeñosos acerca del clero de los cabildos, le contestó: «Os vanagloriáis de vuestro traje negro y desdenáis el blanco de los canónigos; el negro, decís, es el símbolo de la modestia; yo digo que el blanco es el de la pureza. Los frailes dicen: Somos los mejores. No, dicen los canónigos, somos nosotros. Yo os digo: ni vosotros, ni nosotros, pues todos somos malos. Mejor es honrarse unos á otros que despreciarse mutuamente. En cuanto á mí, si me preguntan lo que pienso, si soy canónigo, afirmo que los frailes valen más; si soy fraile, digo que los canónigos son mejores: esto quiere la caridad.»

Pronto se hizo un nuevo esfuerzo para perfeccionar la regla de San Agustín y seguir más de cerca el ideal monástico. Convertir los antiguos cabildos, es decir, desarraigar costumbres antiguas y usos inveterados, era tarea difícil en la que los más hábiles y enérgicos no siempre alcanzaban la victoria. Mejor era fundar comunidades especiales que estuviesen, por la severidad de su regla y el abandono absoluto de los intereses temporales, al mismo nivel moral que las abadías benedictinas. Proporcionarían un personal adicto á las ideas reformistas, capaz de sostenerlas y de difundirlas por la predicación y el ejemplo. Estos canónigos de una especie

particular, aun cuando continuasen siendo clérigos, llevarían casi la vida de los frailes y harían votos de pobreza, de castidad y de obediencia bajo la dirección de un abad libremente elegido.

La organización de las congregaciones religiosas aplicada á los clérigos fué la concepción que dió origen á las grandes casas canónicas de San Víctor (1113) y de Prémontré (1120). El nombre de Ivo de Chartres dominó la primera fase del movimiento de reforma de los cuerpos capitulares: los nombres de Guillermo de Champeaux y de Norberto quedan ligados á la segunda. El primero había regenerado los cabildos *seculares*; los otros dos crearon las abadías de canónigos *regulares*.

San Víctor y Prémontré, productos de una misma idea, unidos por estrecha semejanza, tienen sin embargo fisonomía distinta porque sus fundadores se parecían poco. Más tarde encontraremos á Guillermo de Champeaux al hablar del renacimiento teológico y filosófico del siglo XII. Profesor de mérito, clérigo muy erudito, figura en la historia de la ciencia y de las ideas. La abadía de San Víctor, que fundó, en la cual los canónigos repartían su tiempo entre los ejercicios religiosos y el trabajo manual y el estudio, fué á la vez una escuela, un vivero de predicadores y teólogos y un seminario de reformadores celosos. Allí es donde los Capetos y sus obispos buscaron durante la mayor parte del siglo XII los hombres de mérito de que querían llenar los cabildos y hasta los monasterios donde reinaba la licencia.

Prémontré, creación de Norberto, fué también una abadía modelo y un instrumento de progreso moral. Sujetos á una regla de las más rigurosas, entregados al trabajo manual y á la contemplación al propio tiempo que al ministerio temporal, trabajando por su santificación y para la de los demás, los canónigos eran en Prémontré, más aún que en San Víctor, verdaderos frailes, rivales de los más fervientes benedictinos. La aparición de esta abadía y la multiplicación rápida de sus sucursales en Francia y en Europa durante los treinta años que siguieron al de 1120, fueron uno de los prodigios de la época, tan maravilloso casi como la obra de San Bernardo y la difusión de la orden cisterciense.

Norberto (1080-1134) no pertenece á la historia de Francia más que por esta fundación y por sus relaciones de amistad con los grandes reformadores franceses. Era un alemán de antigua nobleza, emparentado con la familia imperial, un arrogante mozo, de viva imaginación y palabras arrebatadoras. Entró en el clero por ambición, como tantos otros, y figuró primero en la corte del arzobispo de Colonia, y luego en la de Enrique V, que le colmó de beneficios y le hizo su limosnero. Antes de condenar los abusos de la Iglesia, Norberto los aprovechó. Un día encuentra su camino de Damasco: cae un rayo junto á él, mata su caballo y le deja inanimado durante una hora. Al volver en sí oye una voz que le ordena convertirse y obedece en seguida. Desecha sus costumbres mundanas, pasa días y noches en oración, viste como un mendigo, duerme en una tarima y se desgarró la carne con un cilicio.

Ordenado diácono ó sacerdote, empieza su sacerdocio militante predicando la reforma á los canónigos de Xanten, sus cofrades, y á los cabildos seculares de la región del Rhin, apostolado peligroso, sobre todo en Alemania. Los adversarios de la reforma, indignados